

Recuerdos de García Lorca

Nicolás Guillén

De los tres grandes poetas con que el pueblo de España pagó su amor a la República frente al fascismo, el único que muere violentamente es García Lorca: él es también el único que pudo estar en Cuba. Por una gracia especial me fue dado el honor de conocerlos a los tres.

Antonio Machado muere en el exilio, en un pequeño pueblo de la frontera franco-española, cuando el derrumbe de la República que él cantó con sus versos lo hizo salir de España. Miguel Hernández murió en la cárcel de Alicante, rotos los pulmones por la tuberculosis. García Lorca cae bajo el plomo de un puñado de asesinos en las afueras de Granada, donde había ido a buscar amparo y donde se creyó protegido como una "gloria local", según dijo él mismo en otra ocasión, con gracia tan lorquiana.

A Antonio Machado lo conocí y traté en Valencia, junto con Juan Marinello, en los días del Congreso Mundial por la Defensa de la Cultura. Descuidado y poético, recordaba en esencia y presencia los versos en que lo apresó Rubén Darío:

**Misterioso y silencioso
iba una y otra vez.
Su mirada era tan profunda
que apenas se podía ver.
Cuando hablaba tenía un
deja
de timidez y de altivez...**

A Miguel Hernández lo vi por primera vez, y anudé con él una amistad que iba a crecer fraternalmente en las sesiones de aquel Congreso; era un mocetón fuerte, directo, de mejillas coloradas y ojos verdes, cabeza pelada al rape, camisa de lana oscura y pantalones de pana gris, que hablaba con voz ronca y elemental.

A García Lorca lo conocí en La Habana, hace cuarenta y seis años. Me lo presentó José Antonio Fernández de Castro, aquel animador de la cultura cubana que supo descubrir en muchos jóvenes de su tiempo gráficas zonas de talento creador que otros no pudieron o no quisieron ver. Aquel día —renunció a la fecha exacta— anduvimos juntos desde la mañana y juntos almorzamos en una casa de la calle de Animas. Ya saben ustedes cómo algunos detalles nimios permanecen agarrados al recuerdo, mientras otros más importantes desaparecen de nuestra mente, borrados por los años.

Así, nunca he olvidado que antes de sentarnos a la mesa, la dueña de la casa nos sirvió ron:

ron del llamado Carta de Oro. Lorca tomó el pequeño vaso y durante mucho tiempo se mantuvo sin apurarlo. Su goce consistía en poner el cristal a la altura de los ojos y mirar a través de la dorada bebida.

"Esto se llama —decía— ver la vida color de ron"... Y se burló con mucha gracia y talento del viejo Campoamor...

Lorca había venido a Cuba invitado por don Fernando Ortiz, presidente de la Benemérita Hispano-cubana de Cultura, con sus domingos matinales en la Co-

baña, es su Cádiz grande. El lo dice, pero Cádiz por su gracia y su sol, dice él también. Así Lorca amó en Cuba su tierra propia, su Granada andaluza, y reconoció en ella valores que, habiéndonos llegado del otro lado del mar oceánico, son perceptibles todavía, a cuatro siglos de distancia, en la gran mezcla popular.

Cuando al fin parte el poeta, nos queda su recuerdo como un tenaz perfume, y su garra desgarradora y su gracia romancera. Nadie como él ejerció (salvo Rubén Darío) influencia tan pronunciada en los jóvenes poetas americanos. Beatos los que pudieron vencerla, transformándola en voz propia, a lo largo de un abnegado y dramático esfuerzo de asimilación, semejante al que se impuso el propio Lorca con Góngora y Lope, con Machado y con Juan Ramón.

Pero la figura de García Lorca desborda su alta condición lírica para convertirse en un símbolo de lo que es la barbarie, la estupidez fascista. Se nos dirá que no era su poesía una poesía política, ni él mismo un político de militancia partidaria, como Alberti, pongamos por ejemplo. Pero, ¿acaso no es hacer política ir hacia el pueblo como Lorca fue, y meterse en su entraña y divulgar sus tradiciones y exaltar su espíritu? ¿No es hacer política tomar posición junto a la República, en un país de tan lejana tradición real? ¿No es política, alta política, hacer del verso agua que refleja a gitanos y toreros, o llevar a la escena a Mariana Pineda, condenada a morir en Granada, en su Granada, porque bordó una bandera liberal?

A García Lorca lo matan no porque ignoran que era él, sino precisamente por ser él; lo mata la reacción granadina, que no pudo ponerle de su parte: lo mata el fascismo, en fin.

Han pasado cuarenta años. De entonces acá el mundo ha dado muchas vueltas; tantas que ya hasta podemos ver las vueltas que da el mundo. La fuerza que acabó con esa vida cede y se resquebraja en todas partes, en España también. Nosotros, los escritores y artistas cubanos, hemos llorado largas noches al poeta, lo hemos llorado sin consuelo, pero no lo lloramos más. Renueva nuestro amor cada día una rosa de Cuba en su recuerdo y mantiene viva una lámpara fiel que ninguna tempestad puede apagar. Fino andaluz de sueño, gitano principal, junto a nosotros García Lorca sonríe, seguro en su esperanza. ■ **SERVICIO ESPECIAL DE PRENSA LATINA.**



media. En esas mañanas habló García Lorca, y sus conferencias alcanzaron una resonancia única, tan otra cosa como eran de las conferencias-conferencias, almendonadas y vaso de agua, que dan las personas importantes cuando tienen que dar conferencias. Pero Lorca no se marchó de La Habana al terminar sus compromisos con don Fernando. Se quedó en Cuba: le gustaba irse en las noches a las "fritas", a los cafetines de Mariano, donde ya estaba El Chori, y allí se hizo amigo de traseros y bongoseros.

Habían aparecido por aquel entonces los motivos de son. El retuvo el ritmo de esos poemas y luego escribió un "son" suyo, un "son" lorquiano, que dedicó a Fernando Ortiz. Ustedes lo recuerdan: "Iré a Santiago". Cuba imprimió en aquel espíritu una profunda marca, que él devolvió en auténtica comprensión. ¿Y cómo no iba a ocurrir de este modo, si Lorca era andaluz, y es la huella de Andalucía —huella de árabe fino— la que hay en Cuba desde el primer sueño de la colonia, marca sevillana antes que ninguna otra marca española?

Cuando Alberti llega a La Ha-



Encartas con el rostro de Federico, oyen la hora "concedida" por las autoridades y a cívica.

es cosa de toda la colectividad; pero si se toma por política las banderías para llevar el gato al agua, este acto no es político. Porque homenajamos a un hombre que no quiso pertenecer a ninguna organización política concreta —actitud que, como demócratas, tenemos que respetar—, pero que fue siempre exponente y defensor a ultranza de la libertad de los demás".

Ninguna enfatización en el tratamiento del homenajeado. Ningún empeño en ponerlo por encima ni por debajo de su nivel real de compromiso. Basta leer las críticas que la prensa conservadora dedicó a su "Yerma" para saber que un hombre puede hacerse mucho más peligroso con su pequeña verdad que con los grandes "slogans".

"Federico está vivo", se gritó en Fuentevaqueros. Difícil es saber el alcance exacto de esa afirmación. Aunque una cosa sí es segura. Nunca quienes recibieron durante tantos años en el pueblo la visita de investigadores cautelosos de la vida y muerte de Federico imaginaron esta llegada gozosa de gritos y sonrisas pidiendo, bajo el sol de Fuentevaqueros, en su plaza mayor, la puesta en pie de la democracia, la liquidación de la guerra civil y la justicia económica. Intelectuales, artistas, poetas, líderes, partidos políticos, se han unido en torno a Federico. Pero sobre todo, convocados por la Granada democrática, se han unido unos cuantos millares de andaluces anónimos y ejemplares. ■ **JOSE MONLEON.**
Foto: RICARDO MARTIN.